



PREMIO EDEBÉ DE LITERATURA JUVENIL

PALABRAS ENVENENADAS

MAITE CARRANZA

edebé

MAITE CARRANZA

PALABRAS ENVENENADAS

PREMIO EDEBÉ
DE LITERATURA
JUVENIL



edebé

A las mujeres que sufren.

PRIMERA PARTE

La chica que veía *Friends*

El día de mi decimonoveno cumpleaños fue como cualquier otro.

Sabía, claro que lo sabía, que era un año mayor, pero me daba lo mismo porque el balance de los trescientos sesenta y cinco días que tenía que celebrar era exactamente igual a los trescientos sesenta y cinco días correspondientes al año anterior. O sea, prescindible. A pesar de todo, intenté buscar la parte positiva y llegué a la conclusión de que valía la pena cumplir años porque, como mínimo, recibiría un regalo. Prescindi, sin embargo, de las velitas que comportan nostalgia, recuerdos y el compromiso con uno mismo de ser feliz. Una estupidez. No quise dar ninguna trascendencia especial a la fecha porque mi vida no era para lanzar cohetes. Me refugié en la rutina habitual de levantarme, hacer mis ejercicios de gimnasia, ducharme, desayunar, estudiar, comer, mirar un rato la tele y esperar la visita sorpresa con una sonrisa. No me fue difícil, me conformo con muy poco.

Una semana antes me había preguntado si tenía algún capricho, algún deseo especial. Sé que estaba dispuesto a comprarme cualquier tontería, un vestido,

unos zapatos, un iPod. Pero yo no quería nada que se pudiera pagar con dinero y le pedí que me llevase a la playa. Mi sueño era lanzarme al mar desde una roca, zambullirme con los ojos bien abiertos, nadar crol hasta quedarme sin aliento y yacer flotando sobre las crestas de espuma, mecida por las olas. Quería sentirme ligera, escabullirme como un pez y perderme en el horizonte hasta que mi cuerpo blanco fuera tan sólo un punto lejano que salpicase la monotonía del azul.

Me dijo que a lo mejor algún día, y me regaló la novena temporada de *Friends*.

Admito que me hizo ilusión.

1. Salvador Lozano

El subinspector Lozano está ante la puerta del piso de los señores Molina recuperando el aliento. Se ha puesto la americana gris, la que estrenó en la boda de su hijo siete años atrás, y la corbata de seda con irisaciones rojizas. Se siente algo incómodo y en el último momento se le ocurre que tal vez la corbata sea demasiado chillona. Siempre sufre por culpa del vestuario. Al levantar el brazo para llamar al timbre descubre que le sudan las manos. No le gusta visitar gratuitamente a nadie, pero debe hacerlo. Es una visita de cortesía. Si no tuviese ese gesto, lamentaría siempre haber dejado ese cajón abierto y lo pagaría con su insomnio. Se seca la palma de las manos con un pañuelo de papel que encuentra en el bolsillo del pantalón, respirando entrecortadamente. Le ha costado subir los tres pisos por culpa de los kilos o de los años, a saber, pero es un hombre resolutivo y por mucho apuro que le produzca la situación tiene que dar una explicación al matrimonio Molina. No pueden enterarse por boca de otros y el teléfono, al fin y al cabo, es un aparato frío. Así pues, se aclara la garganta como antes de un interrogatorio, y pulsa con firmeza el interruptor

del timbre. Se siente responsable de su caso, se dice mientras espera que le abran, de la pesadilla que un día los sorprendió a traición y que les ha ido robando las ganas de vivir. Apenas les quedan. Son enfermos terminales que ya no cuentan los días. Y aun así, a veces, percibe en el fondo de su mirada una chispa de esperanza dispuesta a prender con cualquier pista. Esperan un milagro, un cuerpo.

No abre nadie, quizás no estén. Vuelve a intentarlo y esa vez deja que el timbre suene estridente durante un buen rato.

Sin embargo les ha fallado, va pensando mientras aguza el oído pendiente de cualquier ruido que provenga del otro lado. Todo está silencioso. No debe de haber nadie. Sólo les puede dejar, y enumera mentalmente, un bolso abandonado, un caso archivado sin cuerpo, un número de expediente olvidado y la fotografía de una chica sonriente que amarillea dentro de una carpeta repleta de papeles inútiles, atiborrados de declaraciones inútiles, perdidos entre pistas inútiles. Sin ningún indicio.

De pronto, alguien abre la puerta desconfiadamente, parapetada tras una cadenilla de seguridad. Desde dentro, desde la oscuridad de un recibidor inhóspito, una voz pregunta quién es. Es la voz de Nuria Solís.

Los Molina viven en un piso del Ensanche barcelonés decorado con discreción, sin ostentación ni disonancias, de colores claros y sobriedad oriental. Antes era confortable, pero poco a poco se ha ido convirtiendo en un espacio obsoleto. Las paredes con la pintura desportillada, el polvo cubriendo los mue-

bles, la persiana del comedor estropeada desde hace dos años sin que nadie la haya arreglado todavía. La cocina es fría, funcional, de ir tirando. Nunca huele a sofritos ni a caldos. A veces se le ocurre que visita la casa de unos muertos vivientes que murieron hace cuatro años y que se han mantenido artificialmente con vida. Los chicos son mudos, discretos y huidizos. Impropios para su edad. Los gemelos, larguiruchos y tímidos, han cumplido los quince años, los mismos que tenía Bárbara cuando desapareció, pero es como si no existiesen. Pasan inadvertidos, hablan por gestos y desvían la mirada cuando hay visitas. Han aprendido a no estorbar el dolor de sus padres. Han tenido una infancia rota.

Nuria Solís lo recibe con la pregunta de siempre. ¿La han encontrado? No hay nada más descorazonador que un no, pero ya no habrá más preguntas. He venido a despedirme. Nuria Solís tarda en reaccionar, como si no lo hubiera entendido. Tampoco lo invita a pasar. Ha sacado la cadenilla pero se ha quedado paralizada en la puerta, como si hubiera recibido un bofetón. ¿A despedirse?, repite sin creérselo. Salvador Lozano, con suavidad, cierra la puerta detrás de él y entra sin ser invitado a la sala. ¿Está su marido?

Nuria Solís tiene cuarenta y tres años y es enfermera. Cuando la conoció tenía treinta y nueve y era una mujer guapa. Ahora su cabello ha encanecido prematuramente, viste desaliñada y respira por obligación. No, no ha llegado todavía, está trabajando, le responde. Es lo normal, se dice Lozano, por las mañanas la gente acostumbra a trabajar, como él, que está cumpliendo con su

obligación, a pesar de que en su caso, lamentablemente, tal vez sea por última vez. Si le parece bien, entonces, se lo explico a usted. Y se sienta y le ofrece asiento a ella, como si estuviese en su propia casa y no al revés. Nuria Solís, obediente, se sienta y escucha, o finge que escucha. Hace tiempo que sólo escucha la respuesta a una única pregunta y una vez formulada desconecta y deja que las palabras resbalen y se pierdan. Mañana cumpliré sesenta y cinco años, he esperado hasta el último día, pero me jubilan, le suelta sin embudos. Cuanto antes mejor, así no hay malentendidos, piensa. Ella le mira con los ojos desencajados y el rostro inescrutable, de forma que Lozano no puede deducir si ha entendido su sencilla explicación. El subinspector corrobora que hubiera preferido hablar con Pepe Molina. ¿Eso quiere decir que no la buscarán mas?, pregunta Nuria lentamente. No, no, se apresura a rectificar Lozano. Ahora el caso pasará a manos de mi sustituto. Será él quien se haga cargo de la investigación y quien mantenga la comunicación con ustedes.

Nuria parece aliviada unos instantes, pero en seguida se altera. ¿Quién es? El subinspector Lozano trata de ser convincente, pero su propia voz le suena falsa. Es un joven entusiasta y muy bien preparado, el subinspector Sureda. Estoy seguro de que tendrá más suerte de la que he tenido yo. Hubiera deseado decir profesionalidad, pero no ha querido mentir. El futuro subinspector Sureda, treinta y un años acabados de cumplir y un futuro brillante, puede aportar entusiasmo, pero no profesionalidad.

Nuria, aturdida, calla. Tal vez esté meditando so-

bre esas dudas que él no ha expuesto. Es una mujer asustada. Junto a su marido ya ni se molesta en hablar, deja que sea él quien lleve la voz cantante. Él no se ha dejado abatir hasta ese punto. El hombre ha perdido el empuje de los primeros meses, el de la obsesión por encontrar a Bárbara que le llevó a interferir en las tareas policiales, pero ahora ya se ha serenado y se ha resignado a la pérdida. Tienen un talante bien diferente. Él sufre con dignidad mientras que ella adolece de falta de dignidad. Le recuerda a un polluelo mojado bajo la lluvia. Nuria Solís asiente y se abandona a sus pensamientos. Lejos, opaca, indiferente. Ya nada le importa. Ha dimitido de agradar. Le hubiera gustado conocerla antes de que perdiese a la hija y las ganas de vivir. La incertidumbre le ha sorbido el seso.

Nuria Solís no dice nada y se remueve inquieta en su silla. Es evidente que le falta algo. Tendría que hablar con mi marido, deja caer de golpe. Él tiene la cabeza en su sitio, admite. El subinspector Lozano también piensa lo mismo, pero reconoce que es una descortesía por su parte no enmendarle la plana puesto que ella es una interlocutora tan válida como su marido. Sin embargo, Nuria ya se ha levantado, ha cogido el móvil de encima de la mesita y ha marcado un número.

¿Pepe?, exclama con voz implorante. Le cambia la expresión mientras le escucha. No, perdona, ya sé que estás trabajando, pero ha venido el subinspector Lozano. Calla temblorosa unos segundos y vuelve a hablar con voz vacilante, con la misma vacilación con la que se enfrenta al vacío inconcebible de una ausencia. No, no hay ninguna novedad sobre Bárbara, aclara. Pero

quería despedirse de ti, se jubila mañana. De acuerdo, concluye tras una larga explicación de él. Ha relajado las facciones porque probablemente él le haya dado una solución al problema que era incapaz de resolver sola. Y cuelga con una luz en la mirada, aliviada por haber podido desprenderse de una carga imprevista. Dice que pasará a verlo en persona. El subinspector Lozano sabe que lo hará, que es un hombre con iniciativa y con una agenda ordenada. Es representante de joyas. Sabe tratar a los clientes y organizar su tiempo. Y a pesar de viajar continuamente se las apaña para estar con la mujer y los hijos y velar por la familia. Hasta se ocupó del perro que tuvieron que sacar de casa porque les recordaba demasiado a Bárbara. Es un hombre energético, vital, que encabezaba las manifestaciones por la hija, siempre en primera fila, pancarta en mano, incansable. Se levanta. No hay ningún motivo para alargar la visita. Ya está todo dicho y, además, Nuria Solís ha olvidado las normas elementales de cortesía y ni tan siquiera le ha invitado a un café. El mal rato ya pasó, se dice relajándose. Caminan en silencio hasta la puerta y, de pronto, antes de abrirla ella se detiene, se gira hacia el policía y le abraza. El subinspector Lozano no sabe cómo reaccionar y se queda rígido, con los brazos torpes. Al poco se deja contagiar por la emoción y la envuelve protegiéndola con su humanidad cálida. Es frágil, como una niña. Una niña rota. Se quedan así, abrazados, unidos en una despedida estéril. Gracias, murmura Nuria Solís. Y se separa de él dejándole una tibieza en el pecho que ha disuelto la acidez de su fracaso. Le ha devuelto con sencillez el agradecimiento que

los policías nunca esperan, pero que siempre desean. Ha entendido el esfuerzo que ha tenido que hacer para ir hasta su casa a decirles adiós. Sabe que él también se resiste a abandonar a Bárbara, a pasarla a otros que manosearán su recuerdo con entusiasmo, pero sin una pizca de delicadeza.

Con la puerta entreabierta, ella le sonrío entre las lágrimas y por unos instantes él puede intuir que su sonrisa antes era radiante y fresca como la de la fotografía de Bárbara que ha mirado y remirado tantas veces.